

Antes de que una lengua muera...

Myriam Moscona

Tela de sevoya

México D.F.: Lumen, 2013

El año 1492 no sólo desplegó las velas sobre las costas americanas; también expulsó a los judíos no conversos fuera de España. Curiosamente, América Latina será el receptáculo de ambos periplos, su historia estará tejida tanto por los migrantes como por los colonizadores. En esta obra, Moscona deshace los pasos de los exiliados desde su México natal hasta la Bulgaria de sus orígenes familiares. Lo central, sin embargo, no es ni la familia ni la cultura judía sino lo constitutivo de ella, la lengua expulsada, el ladino.

Esta escritura es de imposible catalogación, reúne la novela, la autobiografía, el documento histórico, el anecdotario familiar, la novela epistolar, el diario de viaje, la discusión entre lingüistas académicos, las kantikas, la entrevista, etc. A diferencia de lo que alguna crítica ha dicho hasta hoy, esta polifonía de recursos calza perfectamente en el hilo conductor que oficia de mapa para este recorrido: el duelo. La narradora ha perdido a sus padres y abuelos. La abuela Victoria sentenció antes de morir: “para vos no hay perdón”. Paralelamente, sus memorias en ladino, los testimonios de todos los parientes, comunidad sefardí, amigos sobrevivientes del holocausto le harán heredera y vigía de una lengua amenazada, sin sitio ni lugar, sólo con tiempo para reunir a sus hablantes y poder, así, sobrevivir a su muerte.

Se puede preservar la lengua y con ella todo modo de existencia, modo de ser y estar en el mundo, haciendo de la escritura el resguardo de una familia, de un pueblo, de una época histórica. En este sentido, la obra da sitio a sus expulsados ancestros, presta oído y voz para su lengua, otorga morada a sus padres y a todo ciudadano de quien obtenga datos en su viaje. Hablar en ladino, le dice la abuela, es impregnar a las cosas de su origen. Es, también, restituir la lengua aun con su memoria de exterminio, es saber que las cosas no pre-existen a los nombres, que esa lengua sin patria deviene, justamente ella misma, en su suelo natal.

A contrapelo de los especialistas, que debaten la ortografía española para mayor legibilidad; de los internautas que reglan el uso y el modo en que escribirán sus usuarios; de los secretos historicistas que preservan para sí más de cuatro mil refranes... esta narradora incorpora a su escritura todo lo que el ladino le trae, desde sueños y alucinaciones, hasta el edicto de los reyes católicos, la receta que su cocinero judío usara para despedirse de la península, o las palabras de sus padres cuando por fin los deja ir a la muerte. Ella deviene una viva frontera que transitan la historia, la música, la filosofía, la poesía, los rituales, los crematorios, los búlgaros que defendieron a sus judíos, e, incluso, la despiadada abuela que le quita todo cobijo, menos la lengua con la que sabrá quién es, aunque haya nacido en otro país. Quizás por todo ello, se afirma que toda memoria es luctuosa y, sin embargo, toda lengua un conjuro de dicho dolor. El sitio de su ritual.

Cuando la narradora ha registrado como vivo todo discurso, entonces puede dejar ir a los suyos, perdonar a la abuela unilateralmente, dar paz a sus padres, dar morada a su identidad y a las maneras de ver el mundo que duermen en su lengua. Si más de uno habla su lengua, algo del mundo quedará restaurado, a salvo del olvido y del fin. Si los judíos sefarditas pueden, al hablar, devolver a España el castellano que extravió en el pasado siglo XV, puede también, nos dice Moscona, iluminar con su prisma el viaje que no es sólo el suyo, sino el de todas las culturas, el de todas las lenguas en peligro de extinción, el de todo hijo huérfano, el de todo sueño que no logra descifrar el presagio. Escrita con extensos pasajes en ladino, esta heterogénea obra advierte: la nostalgia de padres es la añoranza de lengua; la pérdida de lengua es una mutilación para el mundo. Escribir, entonces, será siempre darnos patria para alojar en ella a todos los errantes de la historia.

Mónica Velásquez Guzmán